



TODOS NUESTROS VERAÑOS

CARMEN
AMIL

TODOS
NUESTROS
VERAÑOS
CARMEN
AMIL



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2023

IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 978-84-19939-04-3

Depósito Legal: CS 696-2023

© del texto, Carmen Amil

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

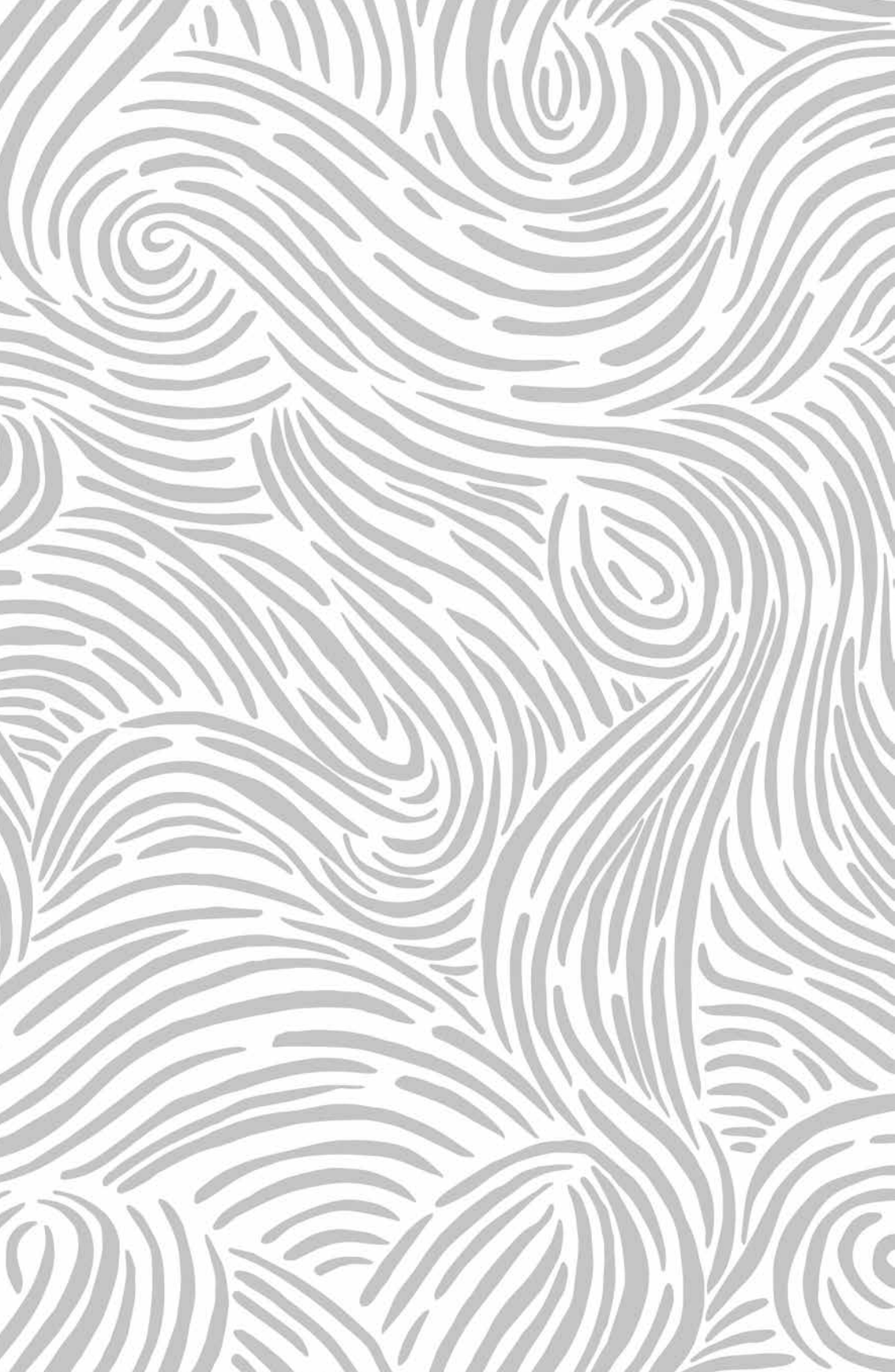
Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para F.

Por ser inspiración.



Capítulo 1

Me siento como si hubiera metido la cabeza en un secador de pelo. El *jet lag* —¿se puede tener *jet lag* dentro de Europa? ¿O será que soy vaga y ya está?— no ayuda, pero lo peor es esta corriente de aire caliente que me da en la cara en cuanto pongo un pie fuera del avión que me ha traído de vuelta a Madrid. Este clima, para una chica con alma de nortea que, además, viene de pasar una semana en la *templadísima* Finlandia, es demasiado.

Consulto el móvil. Ni rastro del compañero de trabajo que iba a venir a buscarme. El calor infernal no me deja razonar bien, así que, en lugar de buscar un taxi o pedir un Uber, arrastro la maleta hasta la parada de metro. La aplicación del móvil, que aún tengo en la mano, me avisa de que tengo dos alertas por calor en el centro de Madrid.

Maravilloso.

Tomo la decisión de no ir a mi piso en tiempo real. Me meto en el metro, me paso el viaje poniéndome al día y, después de dos trasbordos, de una puerta de tren que casi me asesina por cerrarse demasiado pronto y de tirarme medio café para llevar por encima, al fin llego a mi destino. Igual Móstoles no es un lugar que, al escuchar su nombre, desprenda glamur, pero yo

me muero de ganas de llegar. Localizo la casa, camino a paso rápido hacia ella mientras noto que me sudan zonas del cuerpo que ni siquiera sabía que existían —y que, desde luego, no deberían estar sudando— y llamo al timbre. Tengo mi propia llave, claro, pero algo me dice que es mejor no usarla en este momento.

La puerta se abre y, antes de que nadie pueda hacer nada por evitarlo, tiro de la maleta y entro como un torbellino.

—¡Hola, Manu! —grito mientras camino hacia el interior.

—No. No, no, no.

Él me sigue hasta el salón, donde dejo la maleta aparcada para poder tirarme en el sofá. Justo bajo el chorro del aire acondicionado. Gloria pura, oiga.

—Menudo recibimiento —protesto.

—¿Tú no tienes casa? ¿Para qué estás pagando un alquiler en el centro si nunca estás allí?

—Es mi campamento base para poder irme de compras cuando me apetezca.

—Carolina...

—Manuel...

Mi hermano se planta delante de mí con los brazos en jarras. Me mira desde arriba con cara de cabreo profundo, con el ceño más fruncido de la historia sobre sus ojos castaños. Conozco bien esa expresión. No solo porque sea mi hermano. Es que, además, somos mellizos. Es casi como mirarme en un espejo.

En el resto no nos parecemos tanto. A él se le ha oscurecido el pelo con los años, pero yo conservo un cierto tono rubio que se aclara en las puntas, fruto de mis múltiples escapadas a la playa en cuanto tengo un minuto libre. Él lo lleva muy muy corto. A mí la melena me llega a la mitad de la espalda, encrespada casi todo el tiempo por..., por lo mismo que los reflejos rubios. La sal del mar y el cloro no le sientan bien. Para ser sincera, al resto de mi cuerpo tampoco; tengo la piel seca y no me molesto mucho en hidratarla, salvo cuando el daño ya es irreparable.

¿Qué más? Manu tiene una constitución fuerte, mientras que yo soy muy delgada y fibrosa, pero creo que eso es herencia familiar por parte de un padre que, a sus cincuenta y muchos, sigue haciendo surf al amanecer.

Pensar en mi padre me pone de mal humor. Pura envidia, porque yo solo puedo ver el mar cuando me escapo de la ciudad. El resto del año, tengo que conformarme con una minúscula piscina.

Le devuelvo el ceño fruncido a Manu.

—¿No me vas a ofrecer nada de beber, hermanito? ¿Una cerveza o algo? Que vengo de Finlandia y estoy a un grado de la combustión espontánea.

—Una cerveza, dice. ¿Algo más?

—Hombre, si me pones unos cacahuetes o unas aceitunitas para acompañar, ya sería el no va más.

—¡Que te vayas a tu casa!

—Pero Manu, por Dios, ten compasión de mí, que allí no tengo aire acondicionado. Y mira lo que dice mi móvil: vamos a morir todos por culpa de una ola de calor. —Me incorporo y lo agito delante de él para que lo vea—. ¿Acaso quieres que la gata de la vecina me encuentre muerta dentro de tres días porque tú no has querido darme asilo político en una situación de crisis extrema? ¿Qué clase de hermano eres?

—¿La gata de la vecina? Pero ¿qué dices?

—Un par de horas. Porfa. Hasta que se pase la hora punta.

Manu gruñe y yo sé que he ganado esta partida.

—Bueno. Pero no hagas ruido, que tengo que trabajar.

Asiento, pero lo cierto es que a mi hermano le daría igual si hago ruido o no. Cuando se encierra en su estudio para componer, no escucha nada de lo que pasa fuera. Sí, es músico. No, no hace nada guay. No es cantautor de los que arrancan suspiros ni toca en un grupo de *rock*, aunque le habría gustado serlo. Tampoco compone bandas sonoras de películas de éxito. Lo que hace es ponerles música a anuncios de la tele.

Ya. Yo tampoco sabía que alguien podía ganarse la vida poniéndole una melodía a una crema para las almorranas, pero él parece conforme. O lo parecía hasta hace un tiempo. Yo qué sé.

Me tiro la siguiente media hora debajo del chorro del aire acondicionado. Reviso de nuevo todas las redes sociales que tengo el móvil. Abro WhatsApp. Cierro WhatsApp. Es oficial. Me aburro.

Me descalzo y dejo mis zapatillas tiradas sobre la alfombra de pelo de mi hermano, que parece tan cara como todo lo demás que hay en la casa. Hay que ver lo que da de sí el tema de la música publicitaria. Camino descalza hasta su estudio y abro la puerta sin llamar. Allí dentro está Manu, con el piano y unos auriculares puestos. Si ya sabía yo que no me iba a oír...

Le doy un toquecito en la espalda que hace que pegue un bote sobre el taburete.

—¡Carolina!

—Joder, Manu, me vas a gastar el nombre.

—¡No puedes tocarme así cuando estoy trabajando, que cualquier día me matas de un susto!

—Ay, chico, qué susceptible estás hoy. No te gusta que venga a invadir tu casa, no te gusta que te asuste mientras trabajas...

—¿Qué quieres? Tienes más cerveza en la nevera.

—Ya, la tengo localizada. Pero no es eso.

—¿Entonces?

Pongo cara de ángel. Lo sé porque la ensayo delante del espejo. Manu empieza a negar con la cabeza antes de hablar.

—No. No, no, no.

—Me suena que eso ya lo has dicho antes.

—Pues tatúatelo en el brazo, a ver si así te entra en la cabeza.

Extiendo el brazo delante de su cara para enseñarle mi última obra: la gran ola de Kanagawa rodeada por un círculo.

—Ya no me coge —sonríó.

—¿Otro más? Pero ¿cuántos llevas?

—Dejé de contar después del décimo.

Manu no puede evitar sonreír.

—Estás loquísima. Pero la respuesta a lo que sea que vayas a pedirme sigue siendo un no.

—Solo quiero llamar a Ainara.

Ainara es nuestra hermana pequeña. Tiene solo un par de años menos que nosotros y, aunque no tenemos la misma relación que tengo con mi mellizo, la verdad es que en este momento la necesito. Para poder sobrevivir a este calor que me va a matar de un momento a otro, o al aburrimiento que arrastro conmigo.

—No os quiero a las dos bajo mi techo. Es que ni de coña, vaya. Que tengo una entrega esta semana.

—¿Otra banda sonora para almorranas?

—¡Eso solo fue una vez!

—No lo voy a olvidar jamás.

—Mira, haz lo que quieras, pero déjame en paz.

Se vuelve a colocar esos auriculares gigantes y yo sonrío. La realidad es que Manu no suele negarme nada. Me adora. Y yo siempre le digo que él es mi mitad, así que yo tampoco puedo negarle nada a él. Pero el caso es que, de nuevo, he ganado la batalla yo, así que me acerco, le doy un beso en la coronilla y salgo, triunfante, de vuelta al salón.

Ainara no tarda ni media hora en llegar. Mi hermano sale a recibirla, porque a educado no le gana nadie, pero tiene el ceño fruncido antes de abrir la puerta.

—Eres igual que un anciano —le pico.

Ainara entra en casa como un huracán, igual que lo he hecho yo hace solo un rato. Lleva un vestido largo, vaporoso, y unos tacones que resuenan contra el suelo cerámico de la casa de Manu. Él arruga aún más la frente cuando mi hermana se estira para darle un beso en la mejilla para, acto seguido, caminar hasta la cocina, donde se pone a hurgar en la nevera.

—Hay que ver lo fresquito que se está en esta casa —dice Ainara, provocando que yo suelte una risita.

—Si os pagarais vuestro propio aire acondicionado... —gruñe Manu.

—¿Qué le pasa?

—No se le está dando bien no sé qué canción para las almorranas.

—¡Y dale!

—«Cuando sentarte ya no es un placeeeer» —canturreo.

No se molesta ni en contestar. Sale de la cocina rumbo a su estudio. Ainara me tira una cerveza con esa elegancia suya que le sale de forma natural, pero que, obviamente, no ha sacado de esta familia, y nos acomodamos en el sofá del salón.

—¿Cuándo has llegado? —me pregunta.

—A mediodía. Creo que tengo *jet lag*.

—Pero ¿no te ibas a Finlandia?

—¿Sabes tú acaso a partir de qué meridiano empieza a afectar el cambio horario?

—Pues no. Pero estoy bastante segura de que, dentro de la misma franja horaria, no.

—Bah.

—¿Qué tal fue?

Me encojo de hombros.

—Como siempre.

Ainara da un trago a su cerveza y abre su Instagram. Creo que es adicta a esa red. Ella dice que no, que es que quiere ser *influencer*. No sé cómo cuadra eso con que esté estudiando Biología. Suele pedirme millones de consejos, pero yo solo soy el último mono en una agencia de publicidad. Es cierto que trabajo como asistente de *influencers*, pero os garantizo que no suelen contarme sus secretos. *Au contraire*. Y, de todas formas, sería como el cuarto cambio de rumbo en su hoja de ruta profesional, así que tampoco la tomo muy en serio.

—¡¡¡Aaaahhh!!!

El grito de Ainara hace que gire la cabeza en el acto y que Manu, que debe haberla oído hasta con los auriculares, dé golpes a la puerta de su estudio.

—¿Qué pasa?

—¡Hay una fiesta esta noche!

Gira hacia mí la pantalla de su móvil y yo, en cuanto veo el artículo que me muestra, hago una mueca. Una fiesta de presentación de producto con una *it girl* que lo está petando. Sí, estoy al tanto. Cómo no voy a estarlo, si ha sido mi jefa la que ha organizado el sarao y yo, la pringada que ha ido con ella de compras para sacarle tres mil fotos que subir a sus cuentas.

Ainara me pone un puchero. Ahora entiendo a Manu.

—No.

—Carol, porfa.

—Me han dado el resto del día libre después de lo de Finlandia. Y para mí eso es trabajo, Nara. No me apetece ir.

—Solo un ratito...

Vuelve a poner un puchero. A mi hermana le encantan estas mierdas y yo procuro llevarla siempre que puedo, que no es muy a menudo, pero es que concretamente hoy no me apetece ir. Tengo mis motivos.

—Que no.

—Te preparo la comida para toda la semana.

—Pero si cocinas de pena.

—Pues te hago la colada. Te limpio la casa. Lo que quieras.

—¿No puedes esperarte al siguiente evento? De verdad que después de lo de Finlandia...

—Pero si has estado una semana codeándote con famosos, no creo que eso te haya dejado como si hubieras bajado a la mina.

Me muerdo el carrillo. Es inútil intentar explicarle a mi hermana que, como último mono, mi trabajo consiste en pelear con gente que monta mobiliario por dónde colocar las cosas, contestar llamadas de teléfono y conseguirle a la estrella de turno una botellita de agua con gas del tiempo y una rodajita de limón. Y sí, cansa. Sobre todo, mentalmente. Además, hay mucha gente que no me apetece ver y...

Y nada. Claudico. Habré ganado la batalla con Manu, pero la he perdido con Ainara. No puedo con esos ojos de cordero degollado.

—Está bien —digo de mal humor—. Pero no pienso estar más de una hora.

Saco el móvil para mandarle un mensaje a mi jefa y pedirle que nos agregue a la lista. Por una vez, como invitada. Me contesta enseguida para decirme que no hay problema, le enseño el mensaje a mi hermana y ella sale de la casa dando saltitos.

Yo, sin embargo, me quedo apurando la cerveza y considerando seriamente la posibilidad de pedirle a Manu que me secuestre.

Que alguien me dé paciencia...

Capítulo 2

Ainara, además de pedirme que la acompañe a la fiesta —de los coj...—, me ha puesto una serie de condiciones. La primera, que no se me ocurriera aparecer con lo que yo suelo llevar a estos tinglados y que yo considero mi «uniforme de trabajo»: pitillos, *blazer* de color y camisa. Dijo algo de unos tacones, pero por ahí no pienso pasar. La segunda condición es que no quería quedar allí conmigo, no vaya a ser que alguien la vea sola. ¡Menudo despropósito! Y la tercera, y menos comprensible para mí, es que teníamos que llegar cosa de hora y media después de que empezara el evento. Algo de hacer una entrada espectacular.

Así están las cosas en este momento. Estoy en mi minúsculo piso de Chamberí, con las ventanas abiertas de par en par ahora que se ha hecho de noche, a ver si consigo que entre el fresco por algún sitio, con un vestido negro, con flores diminutas y cuello barco que no recuerdo haber comprado, y esperando a que la señora se digne a aparecer para poder quitarme esto de en medio. Gruño una y otra vez.

Al fin, a las nueve y media, más de hora y media después de que mi jefa me avisara de que la fiesta ya estaba en marcha, escucho el timbre de mi casa. Y, antes que eso, la voz de mi hermana.

—Hola —saludo, y le doy un beso en la mejilla—. Te escuchaba tararear desde aquí fuera.

Ainara está radiante. Lleva la melena pelirroja semirrecogida, y la mitad del pelo le cae, ondulado, sobre los hombros. Lleva un mono corto azul noche, elegante y con un escote de infarto. No me sorprende en absoluto que haya querido hacer sus pinitos en el mundo de la moda. Gracias a Dios que lo de desfilas no cuajó, porque aún recuerdo la época en la que comía una manzana al día...

—Menos mal que no está aquí Manu para verte —le digo, ahuyentando los malos recuerdos y apuntando con el dedo al escote—. ¿Te han dejado salir así las monjas?

—No. Me cambié detrás de un seto. ¿Me pones un vino?

—¿Un vino? Tú estás mal de la cabeza. Que igual no te acuerdas, pero se supone que vamos a una fiesta que organiza mi jefa y resulta que llegamos hora y media tarde. Y, ojo, que me da igual, pero es que a estas alturas es probable que ya estén pasando las bandejas de los aperitivos y todavía me quedo sin probar el jamón, que me han dicho que...

—Carol, *stop*. Alerta perorata.

Sí, a veces me pasa. Me descontrolo y suelto cada monólogo que aburre a las piedras. En fin. Cojo el bolso de mano que ya he preparado por la tarde y empujo a mi hermana para que no pueda siquiera entrar en mi casa.



Trago saliva antes de que se abran las puertas automáticas del hotel donde se hace el evento. No sé cómo me he dejado convencer para venir. Hay ciertos saraos de los que me escaqueo de forma sistemática. No porque no me guste mi trabajo, suelo cambiarlos por otros, hacer otras tareas... o largarme a cubrir las necesidades de un *influencer* de tercera en la puñetera Finlandia. Y si lo hago es porque sé lo que me espera. Así que cojo aire, agarro el brazo de

mi hermana y me arrepiento en el acto de no haberme puesto unos tacones que me den seguridad. Mis sandalias planas son bonitas y elegantes, pero yo, a veces, necesito unos centímetros de más.

Avanzamos, cruzamos la recepción del hotel y seguimos la señalética hasta llegar a la sala. En cuanto pongo un pie dentro, lo noto. *Él* está aquí. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Es como si el aire se hiciera más denso. Como si cambiara la gravedad del puto planeta Tierra. Como si saliera el sol entre estas cuatro paredes.

Gimo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Ainara.

No contesto. Me giro hacia el camarero más próximo y alcanzo una copa de vino blanco. Me tienta mucho bebérmela de un trago, pero tengo miedo a que mi jefa me pille. Aunque técnicamente no esté trabajando, tampoco conviene que me vean con «actitudes reprobables». Palabras tuyas, no mías. Así que doy un trago tímido, suelto el brazo de mi hermana y hago un barrido general por la sala.

Veo al *influencer* que me llevó de cabeza con sus recados en Finlandia. Reconozco a la nueva incorporación de la agencia, la *it-girl* de moda en el mundo del maquillaje. También están los componentes de una banda de pop emergente, que mi jefa quiere fichar como clientes. A ellos, o a su mánager. Ella, por cierto, está en una esquina hablando con un *blogger* que reseña todos nuestros actos.

Y, en medio de la sala, rodeado por un millón de personas, está él.

—Ha venido —le murmuro a mi hermana, como si él pudiera oírme.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?

Ainara gira sobre sí misma y echa un vistazo alrededor. Acto seguido se encoge de hombros y estira el brazo hacia una bandeja que pasa cerca de donde estamos nosotras. Coge dos cucharitas de cerámica blanca, sobre las que descansa algo que parece una masa color crema con virutas negras. No sé qué es, pero no parece apetitoso.

—Tenías razón. No llegamos al jamón. —Ainara se mete la cuchara en la boca y traga casi sin respirar—. Puag. Humus.

—Nara, el humus no se come así, ahí tenías panecillos. Pero... ¿lo has visto?

—¿A quién?

—De verdad, a veces nos falla la conexión de hermanas.

—Es que tú ya tienes una conexión de mellizos con Manu, y todo no se puede tener en esta vida.

Me enfurruño y me giro hacia donde he visto a la persona que ha conseguido que yo no quisiera venir, pero... le he perdido de vista. No hay ni rastro en la zona de la sala donde estaba hace un rato. En su lugar, hay un espacio vacío. No me sorprende. Él provoca ese efecto cuando se marcha. Su presencia es tan difícil de llenar que no merece la pena ni siquiera intentarlo. Si lo sabré yo.

—Hola, fierecilla.

Su voz me provoca un calambre estomacal. Hay personas que producen ese efecto. Como de laxante. Sin embargo, como sé que no me está hablando a mí, aprovecho para darle un trago a mi copa de vino. Que mi abuela siempre ha dicho que es bueno para templar las tripas. O algo así, yo qué sé.

Lo miro de reojo, sin levantar los ojos hacia él. Su pelo mantiene ese tono castaño claro, fruto de eternos días al aire libre, y aún se le forman ondas por todas partes. Me pregunto si conservará su manía de salir de casa sin peinarse. Su cuerpo también sigue igual. Su espalda ancha, su cintura estrecha, su...

Ainara lanza un gritito y se lanza a sus brazos. Él los abre lo más rápido que puede para acogerla y, como si no pesara nada, la eleva hasta que su cara queda a la altura de su ombligo, y la hace girar a toda velocidad. Yo me muerdo el carrillo.

—¡¡¡Bájame!!! —chilla mi hermana, como si fuera una niña pequeña.

Qué rabia me da no ser ella, joder.

—Di las palabras mágicas...

—Tito Loren es el más guapo del mundo. ¡¡¡Que me bajes!!!

Por un momento me siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. *Tito Loren*. El aire sale de mis pulmones, empujado por cientos de recuerdos.

Tito Loren.

Vuelvo a refugiarme en mi copa, tratando de recuperar el aliento y recomponerme. No puedo montar un numerito ni cantarle las cuarenta a mi hermana. Aquí, no. En mi trabajo, no. He perdido la cuenta de las veces en las que le pedí que no le llamara así, pero a ella se le escapa cada vez que lo ve. No lo hace aposta, es que no lo puede evitar.

Su voz vuelve a pillarme desprevenida.

—Se nota que te estás escondiendo detrás de una copa. Te lo digo por si quieres dejar de beber en medio de un evento público.

Ignoro la pulla. Aún recuerdo cuando le gustaba que compartiéramos un vino con cualquier excusa. Ahora ya no es así. Ya no le gusta nada.

Ya no nos gusta nada.

—Lorenzo.

—Carolina.

Ainara se mete entre nosotros, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Qué poco os pega tanta formalidad. Ni que no os hubierais visto desde...

—Intentamos no vernos —contesto, antes de que pueda acabar la frase.

—En realidad, tú intentas no verme a mí. —Lorenzo se gira hacia Ainara—. Cada vez que vengo a un evento, ella se empeña en no aparecer.

Ainara se ríe. A mí me dan ganas de llorar.

—Bueno, es que a mí en realidad estos eventos no me gustan. Y yo sé que, siendo como soy el último mono de la agencia, pues me toca comerme el marrón de vez en cuando, pero también es verdad que quiero hacerme valer, así que a veces viene mi jefa. Y, además, que he llegado esta mañana de Finlandia y con todo el *jet*

lag y eso pues no me ha dado tiempo a buscarme una buena excusa. Además, que me viene bien estar aquí, porque así le cuento a mi jefa qué tal fue el viaje, que...

—*Stop* —me corta mi hermana, sonriendo.

—¿Te has ido a Finlandia?

—Tenía que cubrir una cosa allí.

—¿Ese es el equivalente *marketingniano* a llevarle el café al chupacámaras de turno?

Touché. Era justo lo que había hecho durante toda la semana. Llevarle el café en sus sesiones de fotos, pedirle el taxi para que estuviera esperando antes de que llegara a la recepción del hotel, preparar itinerarios... pero no me gusta que nadie me recuerde mi mediocridad. A ver si es que todos tenemos que ser el puto Steve Jobs en nuestro primer trabajo. Si es que encima es algo temporal.

Ya está, ya me ha cabreado el imbécil este.

Pero, cuando me giro para contestarle y soltarle una genialidad, ya se ha marchado. Ainara me mira y niega con la cabeza antes de soltarme una frase que lleva repitiéndome toda mi puñetera vida.

—Es que tenéis demasiado carácter, Carol.

Así que me trago la bola de rabia que tengo en la garganta y, a pesar de las protestas de mi hermana, me largo a mi casa. Prefiero rumiar mi mala hostia en soledad.

Capítulo 3

~VERANO DE 2003~

El verano anterior había sido el último en el que mis padres nos llevaron de vacaciones. A la vuelta, echaron las cuentas de por cuánto les había salido aquel hotel de Benidorm al que nos llevaron y, al ver que la cifra rondaba una cifra que ellos consideraron astronómica, al año siguiente creyeron que la mejor decisión que podían tomar era comprar un pequeño apartamento en el que meternos a mis hermanos y a mí verano tras verano. Máxime porque ambos eran profesores, tenían dos meses más o menos «libres» y nosotros éramos unas fieras incontrolables.

El primer día que pisamos el piso protestamos. Manu y yo teníamos en aquel entonces ocho años recién cumplidos y aquello nos parecía enano. Ainara tenía solo cuatro, pero no le costaba ningún esfuerzo unirse a nuestras quejas. Sin embargo, mis padres parecían encantados. En realidad, no era para menos. Era un apartamento, en un pueblo del occidente de Asturias, lejos de las zonas turísticas y, por tanto, de cualquier tipo de entretenimiento que a mí yo más joven le interesara mínimamente. El problema para nosotros era que tenía solo cincuenta metros cuadrados, distribuidos entre la habitación de mis padres, la nuestra, y una minúscula

cocina-salón que tenía una barra americana para dividir los espacios. Ah, y un baño. Que, como cualquiera que tenga dos hermanos sabe, es insufrible compartir entre cinco. Pero, a cambio, estaba tan a pie de playa que mi padre salía cada mañana con la tabla de surf bajo el brazo, descalzo, lloviera o hiciera sol, a ver amanecer en el mar. El primer verano que estuvimos allí lo veía salir de casa a través de la puerta de la habitación, sin hacer ruido, en ayunas, y me preguntaba qué vería de divertido en salir de casa cuando aún era casi de noche. Sin Cola Cao ni nada. Fue cuestión de semanas —seis, para ser exacta— que me escabullera tras él. Me había acostado ya con el bañador, preparada para seguirlo sin que se enterara. Porque hasta mi yo de ocho años sabía que no le iba a hacer gracia que me fuera a la playa a esas horas, cuando él no iba a hacerme ni caso.

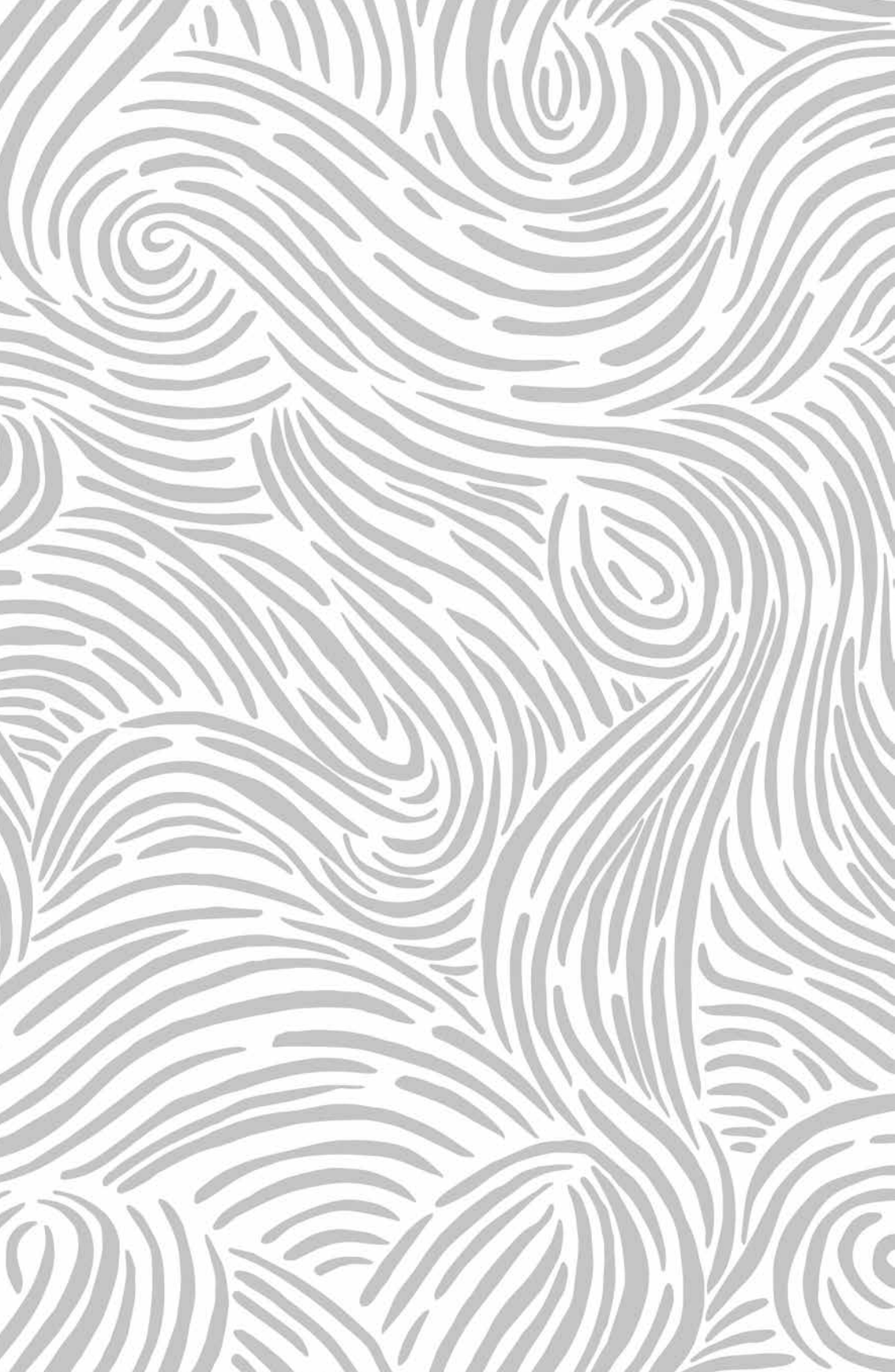
Mi primera conexión con el mar no fue mía. Fue suya. Cuando llegué a la playa amanecía, y los primeros rayos de sol bañaban el mar con un potente color naranja. El agua destellaba. Como si hubiera cientos, miles, de gotas de purpurina reluciendo. En la arena no había nadie, el aire aún era fresco y allí, dentro del agua, estaba mi padre, sentado sobre su tabla de surf. No trataba de coger olas. Solo... disfrutaba. Y yo no podía dejar de mirarlo.

Al menos, así fue hasta que un loco entró en el agua. Y si digo que estaba loco es porque gritaba, no llevaba neopreno y no esperó a que el cambio de temperatura fuera gradual. Yo me reí al verlo entrar corriendo, con la tabla sobre la cabeza. Mi padre se giró hacia él. Desde donde estaba no podía verle la expresión de la cara, pero me hubiera apostado algo a que también sonreía. Aquel loco, que no tendría más que un par de años más que yo y, por tanto, aún era también un niño, se tumbó sobre la tabla de un salto y remó mar adentro hasta donde las olas comenzaban a romper.

A mis ocho años, vi por primera vez a aquel chico coger una ola. Se deslizó sobre ella con gracilidad, como si no le supusiera ningún esfuerzo. Como si fuera parte de aquel mar que estaba más frío de lo que debería. Yo aún no sabía cómo se llamaba o qué

papel podría jugar en mi vida. Pero me quedé allí, como una idiota, viéndolo surfear durante más de una hora. Hasta que mi padre se percató de mi presencia y me llevó a casa a rastras. Lloré todo el camino.

Yo quería quedarme para siempre en aquella playa.



Capítulo 4

La resaca emocional me ha durado el tiempo suficiente como para que mis hermanos empiecen a considerar seriamente la posibilidad de que me haya muerto de calor en mi piso de Chamberí y se me haya comido la gata de la vecina. Lo sé porque me lo han dicho ellos. Miles de veces, gracias al puñetero WhatsApp. Y Telegram. Y el chat de Facebook.

Pero no me he muerto. No he hecho nada, en realidad, más allá de arrastrarme al trabajo, volver a casa, cerrar las persianas y ver Netflix. No es que el encuentro con Lorenzo haya sido un drama de proporciones épicas, pero sé que Ainara lo adora. Por el contrario, cualquier cosa que diga en su contra será bien recibida por Manu, siempre dispuesto a ponerlo a parir, pero no por ella. Aunque siempre está de mi lado, tiene la capacidad de ver el lado positivo de todo lo que hace ese chico. Tiene pasión por él.

No soporto pensar en las alabanzas de una y las quejas del otro. No tengo ganas de nada.

De camino al trabajo cuatro días después, contesto en el chat grupal sin mucho entusiasmo.

Los Lakers

Me complace comunicaros que sigo viva. La gata de la vecina ayer intentó mordirme el dedo gordo del pie cuando bajé la basura, pero creo que era más un síntoma de que debería ducharme a que me esté descomponiendo. Aunque todo puede ser.

Nara:

¿Bajas la basura descalza?

No, pero a veces saco la bolsa a la puerta y...

Nara:

Qué asco, tía.

Manu:

¿Estás bien?

Lo pienso un poco. Sí, estoy bien. Soy una adulta funcional. Tengo veintisiete años, un trabajo, alquiler y ni un duro a fin de mes para pagarme el aire acondicionado. Quiero contarle a Manu lo que me ha pasado, pero no con mi hermana delante. Necesito el apoyo incondicional de mi mellizo. Podría escribirle por privado, pero... decido que lo mejor es que vaya a verlo cuando acabe de trabajar.

El trabajo se me hace eterno. Lleno mis ocho horas de estadísticas, de que mi jefa me deje dosieres en la mesa para próximos eventos, de actualizar las redes sociales de personas que no me importan, de entradas de blog y de hastío. Cuando acepté el cargo, no me imaginaba de qué iba a tratar en realidad. El concepto «asistente» es tan amplio que no pensé que iba a ser la chica para todo de la agencia o que iba a tener que salir corriendo a media mañana a hacerle fotos a alguien que no conozco porque «es superimportante que se vea en directo que me estoy probando ropa». A mí, con el asco que me dan las apariencias.

Cuando vuelvo de la agencia necesito café y un respiro. Así que decido que, en vez de ir a casa de Manu, es el momento de hacer una escapada. Me lo pide el cuerpo, igual que a los drogadictos su dosis. Yo necesito la mía para poder aguantarme en pie.



El verano asturiano me recibe a las doce de la noche con una temperatura de dieciocho grados. En cuanto llego al pueblo donde viven mis padres, bajo la ventanilla de mi Corsa para dejar entrar el aire fresco. Dios, casi noto cómo la brisa calma mi piel, demasiado tirante por el asfixiante calor madrileño. A estas horas de este viernes de agosto, aún hay gente por la calle, y veo que todos llevan una chaquetilla puesta. Se me escapa una sonrisa mientras busco aparcamiento. Por suerte, este pueblo está en la otra punta de la zona más turística del oriente y aún no lo han descubierto las hordas de turistas que cada año visitan Llanes o Ribadesella, por lo que no me cuesta encontrar un sitio enfrente del portal donde viven mis padres. He venido con lo puesto, así que cojo las llaves del coche, el bolso, y llamo al timbre.

Es mi madre la que abre la puerta. Lleva un pijama demasiado sexi para el gusto de alguien que no quiere ver a su madre con una prenda de raso negro. No me sorprende no ver a mi padre. Se acuesta y se levanta como las gallinas.

—¿Carol? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado?

En su cara hay un gesto de preocupación. Lógico, teniendo en cuenta que no he avisado de que venía y que son las doce de la noche.

—Nada, nada. Es solo que me apetecía una escapada de fin de semana. Ya sabes.

Ella deja escapar el aire que ha debido estar reteniendo en los pulmones desde que llamé al timbre. Sabe que, a veces, aparezco porque la ciudad me agobia. Sabe que necesito mi dosis de mar. Es

cierto que suelo aparecer a horas más razonables y supongo que por eso se ha asustado, pero me conoce bien. Se hace a un lado para dejarme entrar en el piso.

A veces, aún me sorprende no encontrarme de frente con una pared, tal y como ocurría con el piso en el que pasé tantos veranos y que, ahora, mis padres alquilan por temporadas. Cuando decidieron convertir el pueblo en su hogar permanente, se mudaron a lo que ellos llaman «un piso, *piso*». Amplio, aunque pensado para una pareja que ya no tiene que acoger a sus tres hijos. Por eso, el espacio de entrada es un recibidor que enseguida da paso a una sala de estar. Un pasillo pequeño une esa estancia con la cocina, su habitación y la de los invitados. Eso sí, tienen dos baños. Supongo que por el trauma de compartir aseo durante tanto tiempo. También tienen calefacción y trastero. Lo que nunca les ha hecho falta es aire acondicionado. Basta con abrir las ventanas.

Mi madre me acompaña hasta la habitación de invitados y se apoya en el quicio de la puerta.

—¿Seguro que va todo bien?

Asiento, finjo un bostezo para que crea que estoy cansada y ella se acerca, me da un beso en la frente y se va. Yo tiro el bolso en una esquina y abro el armario. Allí dentro, tanto mis hermanos como yo tenemos algo de material para casos como este. Ropa, bañadores, bikinis y pijamas. Cojo una camiseta de Manu y me la pongo, porque me apetece sentir el fresco. Abro la ventana, me tumbo sobre la cama y me duermo con el olor a sal.

Aún no ha salido el sol cuando me despierto de golpe. No me puedo mover. Estoy atrapada en medio de una masa informe de piernas, brazos y pelo. Reconozco mechones rubios y pelirrojos. Espera. Eso último no es mío. Y juraría que la última vez que me miré al espejo tampoco tenía seis pares de extremidades.

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí? —refunfuño.

Manu y Ainara lanzan sendos quejidos. Ella me da con una almohada en la cara.

—¿Qué haces despierta tan pronto?

—¿Cómo demonios quieres que duerma con otras dos personas en una cama de metro cuarenta, Nara?

El *smartwatch* de Manu ilumina media habitación.

—¿No os parece que las dos habláis mucho para ser las seis de la mañana?

En esta familia somos muy de atacarnos así, con una retahíla de preguntas, pero no estoy de humor. No sé a qué hora han llegado estos dos ni por qué, pero yo necesitaba un fin de semana de paz mental para olvidarme de la existencia de... él. Así que no me molesto en seguir con el juego. Me levanto dando patadas aquí y allá, uso la linterna del móvil para buscar uno de mis bikinis deportivos, me lo pongo a oscuras y, sin molestarme en buscar más ropa que la camiseta de Manu con la que ya he dormido, salgo de la habitación.

Busco en la cajonera de la entrada para ver si mis padres aún guardan ahí el juego extra de llaves. Tengo suerte, así que me lo llevo conmigo y bajo al trastero. Allí me esperan mis viejas tablas. Cojo la de *paddle surf* y el remo y me voy a la playa, que está tan cerca que no me importa haber salido descalza.

La playa está desierta y, para ser franca, hace frío. Pero me da exactamente igual. Dejo sobre la arena la camiseta de Manu, hecha un gurrño que envuelve las llaves del piso y el trastero. Cuando entro en el agua, aún es de noche. Las rodillas protestan cuando me enderezo sobre ellas en la tabla. A estas horas aún estoy un poco rígida e inestable, por lo que decido que aún no voy a ponerme de pie. Esperaré a estar un poco más adentro, cuando las olas del Cantábrico no rompan contra mí.

Cuando por fin gano en estabilidad y la tabla se mueve menos, me pongo en pie y sigo remando. Los primeros rayos de sol aparecen tímidamente por detrás de la montaña más cercana y yo me maravillo como la primera vez. El cielo, antes negro, se va poniendo azul. Después, las nubes se ponen de color morado, luego rosa y, al final, todo se ilumina con un naranja potente que me tiñe hasta la piel. Me pongo en pie cargada de energía. Dejo que ese

espectáculo y el ruido del mar me calmen como han hecho siempre y, ahora que ya se ve, busco a mi padre con la mirada. Es probable que esté más cerca de la orilla que yo, porque a él, que solo hace surf, sí le interesa coger las olas que empiezan a romper. Remo en paralelo a la arena.

Y entonces oigo cómo me llama.

—¡¡¡Carol!!! ¡¡¡Aquí!!!

Me extraña que esté fuera del agua, pero miro en dirección a la voz. Estoy lo bastante cerca como para ver que hay dos personas, pero no para saber con quién está. Me imagino que será algún vecino, o quizás alguno de mis antiguos amigos del pueblo, y quiere darme la sorpresa. Sin embargo, según me voy acercando y acierto a distinguir el pelo ondulado que brilla bajo el sol, me dan ganas de hacer una contrarremada y huir en dirección contraria.

Pero ¿¿¿qué coño hace él aquí???

Sin embargo, como soy un poco Marty McFly y no soporto que me llamen gallina, hago de tripas corazón y remo hasta la orilla. Cojo mi tabla, salgo del agua y me acerco a ellos.

Mi padre se acerca y me da un beso en la mejilla. Él si lleva puesto su neopreno de verano y me da envidia, porque a mí, de tanto estar de pie y mojada a estas horas, se me ha puesto la piel de gallina. Le devuelvo el beso.

—Hola, papá.

Todo se vuelve un poco tenso porque me niego a mirar a Lorenzo. Bueno, no me niego. De hecho, le he dado un buen repaso por el rabillo del ojo. También lleva puesto su neopreno de verano, pero se ha bajado la cremallera de la espalda y se ha quitado las mangas, de forma que el traje solo le cubre las piernas y puedo deleitarme en su pecho. Y su abdomen. Ay, señor, esos abdominales definidos por las horas de mar...

Carol, que te distraes. Centra.

—¿Y tú qué haces aquí? —suelto de mal humor.

—Soy de aquí —me contesta Lorenzo.

—Ya, pero nunca te veo por la zona.

—Tampoco es que te relaciones mucho —matiza mi padre.

—Tú a callar, traidor.

Y le lanzo una mirada asesina. No me puedo creer que esté ahí, tan pancho, junto a Lorenzo. Él sabe todo lo que nos ha pasado. No debería ni mirarlo. ¿No hacen eso las familias?

Se limita a reírse y retrocede un paso, como para dejar claro que la guerra abierta es solo nuestra. Maldito esquirol.

Lorenzo coge aire, como si para él fuera un esfuerzo sobrehumano hablar. Y la verdad es que, en cierto modo, probablemente lo sea. Siempre ha sido un chico de pocas palabras. Es mucho más de actos. Para bien y para mal.

—Estoy pensando en trasladarme aquí.

—¿Aquí? —Suelto una carcajada sarcástica—. Lo que me quedaba por oír.

—Madrid no es para mí. Nunca lo ha sido.

Recibo la puñalada con elegancia, pero no contesto. Para qué. Mi padre, viéndonos, decide intervenir y se adelanta un paso.

—¿No os habéis visto nunca en Madrid? —intenta conciliar.

—Ella no viene a ninguna fiesta en la que esté yo.

—¿Cómo dices? —Juro que noto cómo me vienen las ganas de lanzar un monólogo, pero es que no lo puedo evitar. Allá va—: No es que no vaya a ninguna fiesta en la que estés tú, es que por norma general no me gusta ir a esos saraos vuestros. Es que Lorenzo ahora es *influencer*, ¿sabes, papá? Y, claro, no puede resistirse a alardear de...

—Pero ¿qué dices? Yo no...

—... Sus imágenes de Instagram, con su postureo, sus posados robados y toda esa mierda. Y yo, si puedo evitarlo, pues no me mezclo mucho con esa gente. Que no es que tenga nada en contra de ellos tampoco, ¿eh?

—Más te vale, trabajas de recadera para esa gente que desprecias.

—Pero, vaya, que tampoco es que sean... —Paro. Recapitulo. En mi cerebro se cuelan las últimas palabras de Lorenzo—. ¿Me acabas de llamar recadera?

—¿No es lo que eres?

Estoy a punto de contestar, o tirarle arena a un ojo, pero mi padre da otro paso adelante para interponerse entre los dos.

—Bueno, ya está bien. Loren, hijo, será mejor que nosotros nos vayamos a casa.

«Hijo».

—Claro, Juan. ¿Nos vemos mañana?

Mi padre me mira de reojo y niega con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Mejor otro día.

Lorenzo asiente, se coloca las mangas del traje de neopreno, echa mano de la cremallera de su espalda y se la sube. A continuación, lo veo recoger la tabla y entrar en el mar. Corriendo, como ha hecho siempre. Aprovecha la inercia de una ola para subirse sobre ella. El agua siempre ha sido su elemento. Como si fuera un pez.

Mi padre también recoge su tabla, me hace un gesto para que recoja la mía, me pongo la camiseta de mi hermano sobre el bikini y nos vamos. De camino a casa, ninguno de los dos dice nada.

Y yo no dejo de pensar en aquellos tiempos en los que Lorenzo, efectivamente, fue casi un hijo más para él.

Capítulo 5

~VERANO DEL 2007~

—Tienes que dejar de ponerte de rodillas sobre la tabla, Carolina.

—¡Es que no sé cómo hacerlo!

—Ya verás.

Con un gesto rápido, Lorenzo desenganchó el *leash* de mi tobillo, que me mantenía atada a la tabla, y se lo enganchó al suyo. Agarró la tabla y caminó un poco hacia la orilla, donde ambos pudiéramos hacer pie. Allí, antes de que llegara ninguna ola, se tumbó bocabajo sobre la tabla.

—Mira, así. Primero, estiras los brazos.

Observé cómo se le curvaba la espalda.

—Eso ya lo hago.

—Tienes que hacerlo cuando ya hayas cogido la ola.

Yo, que en aquel momento tenía unos doce años y un montón de rabia dentro, me enfadé.

—¡Eso ya lo sé!

—Bueno. Después, doblas la pierna que va atrás, y dejas el pie colocado.

Lorenzo se movía mientras hablaba y yo, aún enfurruñada, seguí protestando.

—Ay, que sí, pesado.

—Y luego —siguió él, como si no hubiera dicho nada—, con un movimiento mueves la otra pierna hacia delante. Así.

—¡Todo eso ya lo sé, idiota!

—¿Y entonces por qué no lo haces?!

—¡Sí que lo hago!

—¡No! En vez de llevar la pierna hacia delante, te quedas de rodillas.

Sin venir a cuento, se me puso un nudo en la garganta. Cosas de la preadolescencia, supongo, pero qué frustración me generaba no ser capaz de plantarle cara. Casi tanta como no ser capaz de hacerlo bien, aunque fuera por fastidiarle.

Le dediqué una mirada de odio y tiré de la tabla.

—¡Ay! —se quejó—. ¡Espera a que me quite el *invento* del pie!

Volví a tirar con más fuerza mientras se agachaba para desabrocharse el velcro del tobillo. Al hacerlo, el cordel que unía el *leash* con la tabla se tensó y Lorenzo, que aún no se había soltado del todo, se tambaleó hasta caerse de espaldas al agua. Yo me reí, hasta que asomó la cara y vi que estaba rojo de rabia.

—¡Le voy a decir a tu padre que no pienso volver a darte clases! ¡Eres insoportable!

Dio un tirón para terminar de liberarse el tobillo y salió del agua, dándome la espalda. Mi padre, que nos observaba desde la orilla, se acercó a él. No quería escuchar lo que iba a decirle Lorenzo. Ni lo que contestaría mi padre. Yo de siempre había sido una niña de las que no tolera bien las críticas. Ni las clases. Ni, en general, ningún tipo de mandato. Precisamente por eso, a mi padre le había parecido muy buena idea que fuera Lorenzo quien me enseñara, porque se decía por ahí que tenía mucha paciencia con los chicos del pueblo a los que también les daba clase. Mi pobre padre creyó que así podría aprender, porque cuando él había intentado explicarme los rudimentos del surf, habíamos salido por peteneras.

Y el caso es que yo quería aprender, pero sin que nadie me enseñara.

Por eso, me volví de cara al mar. Me tumbé sobre mi tabla de iniciación, más grande de lo que debería, y braceé, buscando el lugar en el que me parecía que rompían las olas. Me quedé allí, viendo cómo hablaban mi padre y Lorenzo. Me imaginé la conversación y, en mi cabeza, mi padre me defendía y pensaba que aquel chico era idiota. Cuando vi que mi padre lo abrazaba y le palmeaba la espalda, el nivel de enfado se multiplicó por dos. Ya, no tiene mucho sentido, pero debía tener el cuerpo lleno de hormonas nuevas buscando nuevos lugares en los que jugar.

Pasaron los minutos. Lorenzo se fue. Mi padre no. Cuanto más tiempo pasaba, menos quería yo salir del agua, porque, en mi lógica juvenil, creía que mi padre me iba a reñir y no tenía ganas. Así que me quedé allí. Y nadé un poco más adentro, porque ya no quería coger olas. Solo demostrar algo. Algo que ni siquiera sabía qué era.

Pasó aún más tiempo. Yo, a pesar de mi neopreno, tenía frío. Mi padre entró al agua, y yo no quería salir. Me gritó. Nadó hacia mí. Cuando vuelvo la vista atrás, comprendo que todo aquello fue una gigantesca estupidez, pero aquel día estaba llena de dignidad y un montón de cabreo. Tipo Furia, el personaje de *Del Revés*. Cuando se acercaba mi padre, yo me encendía y me iba en dirección contraria. Lo sentía como un traidor, y eso que no sabía siquiera qué había pasado o de qué había hablado con Traidor Número 2.

Al final, después de lo que me parecieron horas, empecé a tener frío *de verdad* y ganas de que mi madre me hiciera algo calentito para comer, pero no quería perder mi dignidad y me empecé a poner nerviosa. Vi a lo lejos a Lorenzo volver a la playa, con la tabla bajo el brazo, y entrar en el agua. Solo que, en mi absurda desesperación, entonces no me aparté. Esperé, sentada sobre mi propia tabla, a que me alcanzara. Cuando lo hizo, yo ya solo quería que alguien me arrastrara afuera. Que alguien me dijera justo las palabras que salieron de la boca de aquel chico de pelo ondulado y ojos celestes.

—Venga, vámonos a tomarnos un caldo o algo. Te vas a congelar.

—No quiero —me negué, tozuda, para hacerme de rogar.

Él puso los ojos en blanco.

—Algún día serás una gran surfista, Carolina, pero tienes que dejar que te ayudemos a conseguirlo.

Lorenzo tenía dos años más que yo, y aquello me pareció el summum de la inteligencia humana. Luego caí en el cumplido y noté que me ardían las mejillas. Por último, me pregunté por qué nunca acertaba mi nombre. Todo el mundo me llamaba Carol.

Roja hasta la raíz del pelo por culpa de sus palabras y porque ya me estaba empezando a avergonzar del numerito, bajé la mirada antes de contestarle.

—Bueno, salgo. Pero solo porque a mí me da la gana.

Lorenzo soltó una carcajada. Fue la primera vez que le hice reír, y también la primera vez que algo cálido se expandió en mi pecho... a pesar de lo fría que estaba el agua.

Capítulo 6

Cinco días después del encontronazo en la playa, aún sigo de mal humor. Nada nuevo. Lorenzo siempre ha tenido ese poder sobre mí. En mi cabeza vuelve a resonar aquel «recadera» que me soltó. Y me pone de peor humor, porque es justo lo que estoy haciendo ahora. De hecho, estoy sosteniendo un café —desnatado— para una modelo que está en medio de una sesión de fotos. En cada pausa se acerca y da un sorbito, pero ni me mira ni me dirige la palabra. Y, cada vez que lo hace, yo le dedico un sonoro suspiro. Como para dejarle claro que su indiferencia me molesta. A ella le da igual, pero, oye, por intentarlo que no quede. Que los cielos me den paciencia, porque yo entiendo que es mi primer trabajo serio y no puedo pedir peras al olmo, pero esto se aleja diametralmente de todo lo que yo quiero en la vida. Yo quiero aire libre. Brisa. Mar. No quiero este calor asfixiante. Ni modelos que me desprecian.

Cuando la sesión acaba, es muy tarde. La chica ha querido retocarse varias veces y en todas y cada una de ellas hemos tenido que parar la sesión hasta que ha vuelto a verse bien. Estoy cansada, física y anímicamente. Necesito mimos. Así que me acerco a Nuevos Ministerios. Tardo más de lo que me gustaría en llegar a

la estación. También tardo más de lo que me gustaría en llegar a Móstoles.

Uso mi llave, aunque sé que a Manu no le gusta que lo haga. ¿Que por qué lo hago entonces? Por joder. A veces, cuando estoy de malas, hago cosas que molestan a otras personas. Juro que sé que es una mala costumbre, que solo busco encender una mecha para discutir y que estoy intentando eliminarlo, pero es que me cuesta. Son veintisiete años de costumbre.

Manu aparece por el fondo del pasillo de la entrada.

—Sabías que estoy en casa —gruñe.

—Sí.

—Y, entonces, ¿por qué mierdas usas tu llave?

—Eres mi mellizo. Digo yo que podré entrar en tu casa con confianza.

—Yo juraría que esta discusión ya la hemos tenido, pero vale. Vamos allá. Carol, que no puedes entrar en mi casa cuando te dé la gana. Que puedo estar follando, joder.

—Pues ya ves tú. Ni que yo no supiera de dónde vienen los niños.

—¡¡¡Que llames a la puta puerta!!!

Alzo las manos por encima de la cabeza.

—Vale, vale. Vaya humor, chico, de verdad.

Manu se masajea la frente. De pronto me fijo en que tiene ojeras y me preocupa. Él y yo tenemos una conexión muy fuerte. Como si aún me uniera a él algo físico. Me acerco, sin pensarlo, y lo abrazo. Él, automáticamente, me envuelve.

—¿Qué pasa?

—Se me está cayendo el trabajo, Carol.

—Siempre pasas por épocas que...

—No. Qué va. No es una época. Hace meses que me han bajado los encargos una barbaridad.

—¿Tienes idea de por qué ocurre eso?

—Competencia, música prefabricada. Qué sé yo.

No quiero hacerle la pregunta del millón, pero yo sí que me cuestiono si él estará en su mejor momento. Musicalmente

hablando, quiero decir. Manu lleva tocando y componiendo desde la adolescencia y eso lo ayudó a empezar a trabajar muy joven, aunque no es exactamente lo que él quería. ¿Habría afectado eso a su capacidad de componer? Yo soy cero creativa. No tengo ni idea de si hay un número determinado de piezas que una cabeza puede crear. Igual estoy diciendo una estupidez.

—¿Y qué vas a hacer?

Él suspira y se aparta un poco.

—No tengo ni idea.

Algo se gesta en mi cabeza. Algo que une mi pasado y la crisis laboral de Manu. Pero aún no puedo darle forma.

—Saldremos de esta.

—Sí. Como siempre. Oye, ¿tú no tenías hoy la presentación de no sé qué línea de belleza?

—No. Es el jueves.

—Hoy es jueves.

—Que no. Que es el día 26.

—Carol, hoy es 26.

—No puede ser.

Saco mi móvil, también conocido como «el sitio en el que vuelco todo lo que tiene que ver con trabajo» y del que intento despegarme en cuanto salgo por la puerta de la agencia. Manu tiene razón. En la pantalla hay un aviso de mi agenda. «Presentación de la línea de *skincare*».

—Mierda —suelto.

—Que tenga que acordarme yo...

—¿Cómo lo sabías, por cierto?

—Porque el sábado, cuando volvimos de la playa de mal humor por... tu encuentro desafortunado, ya hablabas de las pocas ganas que tenías de ir.

—Es que el maquillaje y yo...

—Venga, largo.

Sonrío, le doy un último achuchón a mi hermano y salgo pitando, porque hasta el centro comercial de Príncipe Pío, donde

se va a hacer la presentación, aún tengo un tren que coger y estoy bastante segura de que voy a llegar tarde.

Mi hermano me grita desde la puerta.

—¡Y la próxima vez, acuérdate de llamar!



Cuando llego al centro comercial, la cola de gente que espera ya sale por la puerta y da la vuelta a la esquina. Trago saliva. No es que llegue muy tarde, porque por suerte el trayecto desde Móstoles ha sido rápido y directo, pero se me ha ido muchísimo la olla con la hora. Mi jefa me va a matar. Encima, me cuesta la vida abrirme paso entre la gente que abarrota la entrada y que me gritan de todo menos guapa. Al final, enseño la acreditación que siempre llevo en el bolso y entro.

Cuando llego al escenario, del que parte la inmensa cola, estoy sin aliento. Me cuelo por detrás, hacia la zona de la tienda de maquillaje y belleza que organiza todo esto. Allí, en teoría, me esperan mi jefa, el equipo de maquillaje y peluquería que va a adecentar a la misma chica de la sesión de fotos, los técnicos de sonido que van a asegurarse de que el micrófono funciona y los de vídeo, que nos van a grabar el evento para colgarlo *a posteriori* en nuestra web y soltarlo a prensa.

Sin embargo, cuando entro en la zona del maquillaje, donde imagino que habrán montado el camerino improvisado, no es a la chica con la que he pasado el día a quien me encuentro.

—No —protesto—. No puede ser.

Lorenzo me mira a través del espejo de uno de los *stands* de una marca. Le están poniendo polvos en la frente, para que no le brille cuando se ponga debajo de los focos que iluminan el escenario.

—Buenas tardes, Carolina.

Busco con la mirada a mi jefa, que justo entra por la puerta.

—Natalia, ¿qué...?

—Ah, Carolina, por fin estás aquí. Llegas tarde.

—Sí, lo sé. Perdona. Es que...

—Toma. —Extiende la mano, donde tiene un iPhone de última generación—. Es el móvil de Loren. Como no quiere darnos sus claves de redes, te toca retransmitir con su teléfono. Ay, chiquillo, qué desconfiado eres...

Esa última frase se la dice al propio Lorenzo, que le dedica una sonrisa deslumbrante.

—No es nada personal, Nat. Es que no me fio ni de mi sombra.

Excuse me? ¿Ha dicho «Nat»? Pero si yo llevo dos años trabajando para esta mujer y sigo llamándola Natalia y tratándola con el máximo respeto. Inspiro. Mi jefa se ríe. Se me olvida espirar.

—Ay, qué chico este —contesta mi jefa, antes de volverse hacia mí—. Y tú, ya sabes. Retransmisión desde su cuenta, alguna foto para la de la agencia y lo que él te pida. Voy a ir afuera. En cinco minutos te anuncio, Loren.

Sale, aún sonriendo, y yo me quedo plantada detrás del capullo este. Me dan ganas de ahogarle con la misma brocha con la que le están maquillando.

—¿Hay algún problema, Carolina?

—Pues, hombre, la verdad es que yo venía aquí en calidad de asistente de Alicia Sierra, no de Lorenzo Antuña. Que es que ni siquiera comprendo que haces aquí, la verdad, porque esto es una presentación de producto de una marca de belleza y...

—Alicia no ha podido venir porque se ha caído en la escalera del metro, y como también...

Intenta cortarme, pero yo tengo la lengua suelta.

—... No viene a cuento que venga un tío. Es que encima tú, cojones, como si no hubiera más gente sobre la faz de la tierra, que llevo dos años trabajando en esta agencia sin encontrarte y ahora parece que sales de debajo de las piedras. Y más te vale que no me vengas de estrellita, que yo estoy aquí en calidad de asistente, no para hacer realidad todos y cada uno de tus deseos. Es que, de verdad, por qué yo.

—Carolina, *stop*. —Alzo una ceja. Así me corta mi hermana Ainara—. Alicia ha tenido un accidente. Y me han llamado a mí en el último momento por dos motivos. El primero, que así aprovechan para presentar una línea masculina.

—Creo que en la cola que hay ahí fuera no hay ni un solo tío.

—Y dos —continúa, haciendo caso omiso—: soy muy capaz de atraer... a mucho público.

—¿Te refieres a la fila de adolescentes que da la vuelta al edificio?

Lorenzo frunce el ceño y bufa. Antes de contestarme, se gira hacia la maquilladora.

—¿Puedes dejarnos un momento, por favor?

—Claro. De todas formas, ya estás listo.

Es obvio que le ha dedicado más tiempo de la cuenta. No sé si es porque Lorenzo le resulta atractivo o porque está pendiente de nuestra guerra verbal. En cualquier caso, recoge su manta de brochas y el carrito del maquillaje, y se aleja hacia el almacén del fondo.

—Carolina, estoy aquí por trabajo.

—Mira qué bien, pues ya somos dos.

—Intentemos ser civilizados por una vez. Por favor.

Hace un gesto con la cabeza para señalar la multitud que espera junto al escenario. Mal que me pese, tiene razón.

—¿Tregua? —pregunto, y tiendo la mano abierta hacia él.

—Tregua.

Nos estrechamos las manos y yo, por un momento, me pierdo en la primera sonrisa sincera que me dedica desde hace años.

Sin embargo, media hora después compruebo que lo de la tregua ha sido una broma de mal gusto. Lorenzo está ahí, en medio del escenario que hemos montado en el centro comercial, y es un puto divo. Es que no puedo describirlo de otra forma. Hasta el momento, ya me ha pedido que le grabe y haga fotos desde varios ángulos posibles, agua con gas, agua sin gas, agua con una rodaja de limón y, ahora, otra con pepino. No se ha acabado ni media botella de cada una.

Entre foto y foto con dos de sus fans, me acerco con un vaso de agua y una rodaja de pepino.

—Su agua —digo, con retintín, bastante cansada ya de los paseos que me está haciendo dar.

Lorenzo mira el vaso.

—No tiene hielo.

—Lorenzo...

—Debajo de los focos hace calor, Carolina. No creo que ir a buscar un par de cubitos de hielo vaya a matarte.

Me devuelve el vaso. Y yo me tomo con calma lo de ir al bar y volver con el agua, el pepino, el hielo y una mala hostia que me consume. Vuelvo a esperar la minúscula pausa entre dos chicas que quieren hacerse una foto con él y me acerco.

—Agua con gas, dos piedras de hielo y pepino.

—No tiene bastante pepino.

—Que no tiene...

—Pepino. Quiero dos rodajas y esto solo tiene una.

Me está humillando. Y me siento muy tentada de devolvérsela en este preciso instante, pero mi jefa me mira desde la esquina del escenario, lejos de los focos. En su cara veo que estoy entreteniendo mucho a la estrellita de la tarde, así que recupero el vaso y me voy murmurando.

—El pepino deberías metértelo por el culo.

Oigo una risita a mi espalda en cuanto me doy la vuelta. Y yo me trago la amargura. Pero esta... esta me la va a pagar.